



LOS INTELLECTUALES TORNAN A CRISTO

EDUARDO DOHERTY

Este artículo es una síntesis de la autobiografía de Eduardo Doherty, conocido escritor y periodista norteamericano que publicará próximamente Sheed & Ward bajo el título de "Gall and Honey". María, mencionada en su relato, fué su primera esposa. Después de su muerte él abandonó la Iglesia y casó más tarde con Mildred. Describe su regreso a la fe. (Tomado de The Sing, XXI (1941) 139. Traducción de Alicia Baptista).

En el año de 1935 fui enviado a entrevistar al Padre Carlos Coughlin, el sacerdote de la radio. Y entonces comenzó la era de los milagros... Ya en el 34 se me había asignado esta entrevista. Había logrado verlo, después de dos semanas de esfuerzos. Pero se negó a decir nada para la prensa.

Foulton Oursler, editor de "Liberty", se volvió mordaz con mi fracaso. El as de los reporteros americanos no estaba dispuesto a morder así el polvo, sobre todo después de gastarse dos semanas y gran cantidad de dinero. Esta segunda vez fui resuelto a penetrar en el Santuario de la Florecita y hacer que su cura dijera algo para el público.

Pasaron días y más días y yo permanecía a gran distancia del Santuario. Distría el tiempo leyendo la opinión del P. Coughlin sobre la justicia social, y desenterrando detalles de su vida. Empecé a cavilar sobre su patrona. Había hecho cosas por él y yo no sabía absolutamente nada de ella. Tenía una idea vaga de que podía ser Santa Rita. Entré a una librería y pedí libros sobre el particular.

"¿Tiene Ud. algo sobre la vida de Santa Rita, la Florecita?"

La chica, tras del mostrador, me miró como si acabara de escapar del parque zoológico.

"¿Quiere Ud. los dos libros?" — me preguntó.

"¿Cuántos libros hay sobre ella? ¿Solamente dos?"

No hay derecho para que una muchacha bonita se muestre tan intrigada y afligida.

"Temo no entenderle. Aquí tenemos libros sobre Santa Rita y también sobre Santa Teresita. ¿Cuál quiere Ud?"

"A mí me tiene sin cuidado Santa Teresita. Lo que quiero es algo sobre la Florecita de Lisieux".

"Es que Santa Teresa es la Florecita".

"Entonces ¿quién es Santa Rita?"

Esa noche, echando en la cama, en un cuarto del Book Cadillac, cogí la Autobiografía de la Florecita, bostezé y empecé a leer. Tenía la intención de darle sólo un vistazo, pero en cuanto me puse a recorrer esas páginas encantadas, no pude desprenderme de ellas. Aún después de terminarlas, a las tres de la mañana, me quedé con el libro entre las manos, acariciándolo con dedos humedecidos por el llanto. Nunca libro alguno me había conmovido como aquella historia sencilla y hermosa, escrita por una chica de unos veinte años, por una monja que mientras escribía tiritaba en su celda helada.

¡Si yo pudiera escribir así! Ah, sí. ¡Y si yo pudiera vivir así!

Yo también había conocido el amor de Dios. Cuando niño había jugado al sacerdote delante de un altar improvisado. Había luchado por entrar a un monasterio a la edad de trece años. Yo también había querido ser santo. Recostado en mis almohadas sentí de nuevo la serenidad del monasterio. Veía la imagen de la Sma. Virgen en la capilla, las joyas con que piadosos seglares la habían adornado, la gloria de su rostro. Oía de nuevo el rítmico canto de los monjes. Alrededor de treinta años habían pasado desde que había llevado el escapulario y la túnica negra de los Servitas, con el gran rosario de madera colgado al cinturón — y sin embargo, por un momento, volví a ser el monje, el postulante, esperando impacientemente ser novicio.

¿Qué había sucedido?

Dejé el monasterio. No me arrepentía de eso. Me volví periodista. Tampoco me arrepentía de eso. Y llegué a ser el gran Eddie Doherty, necio, libre pensador y calavera. De esto sí me arrepentía y amargamente. No quiero decir que me "convertí" en ese mismo instante; o que tomé la inmediata determinación de regresar a la casa de mi Padre. Solamente empecé a darme cuenta de algunas de las cosas que había perdido — la sana alegría de amar a Dios y de tratar de conocer su voluntad y de cumplirla; la maravilla de una conciencia limpia; la esperanza del cielo; la gloria de una confianza infantil en Dios; la felicidad que se encuentra en el renunciamento.

Y recordé otras cosas — la lástima de mí mismo y el horror que sufrí cuando arrodillado al lado de la urna de mi padre me di cuenta de que era indigno de pronunciar el nombre de Dios aunque fuera en secreto — la desesperación que me invadió cuando traté de rezar por mi hijo Jack y el gusto a polvo y ceniza en mi boca cuando quise dar gracias el día que el vapor atracó y pude contemplar a mi hijo paseándose en el muelle.

Si había lágrimas en mis ojos eran seguramente hijas de la belleza — de la belleza del libro que acababa de leer — de la belleza y de la magia que encerraba. De ninguna manera guardaban relación con mi arrepentimiento por los años malgastados, ni con determinación alguna de cambiar de vida.

Por lo menos eso era lo que yo quería hacerme creer a mí mismo. Pero no me convenía. ¿Llorar yo por la belleza del estilo y la magia de las palabras de una chiquilla? Tontería. Había visto una luz, y en esa luz había podido echarme una ojeada a mí mismo. Por eso lloraba.

Comprendí que la encantadora santa había dejado caer sobre mí una de sus rosas, que yo la había humedecido con mis lágrimas, y que crecería — pero no quería aceptar la verdad. Todavía no. Aún no estaba listo para volver a la Iglesia. Este impulso enviado del cielo era algo demasiado grande para apreciarlo de inmediato. Había estado alejado demasiado tiempo. Había perdido la fe. Sería una hipocresía regresar ahora. Dejaría que la rosa de Teresita creciera si era capaz de echar raíces en tierra tan amarga. Si algún día producía otras flores — bueno, no sería yo el jardinero.

La luz del día entraba a torrentes por la ventana antes de que el hechizo de la Florecita se rompiera, y recordé de repente que tenía una asignación difícil en Detroit.

"Oye, Florecilla", le dije, "tú querías pasar tu cielo haciendo el bien a los de la tierra, enviándoles una lluvia de rosas. Mándame a mí aunque sea un botón ¿quieres? Haz que vea a este cura tan tieso que no quiere nada con los periodistas. Dame una pequeña oportunidad que yo me encargo de sacarle algo".

En busca del desayuno me detuve en el mostrador de los cigarrillos. Ahí me tropecé con un viejo amigo, Searle Hendec, con quien había trabajado veinte años atrás, en los periódicos de Chicago, al principio apenas nos reconocimos.

"¿Qué haces por esta tierra?" me preguntó.

"Trato de ponerme en el Padre Coughlin".

"Y ¿no has podido?"

"Ni siquiera acercármelo".

"Espera un segundo. Voy a telefonar a un compañero. Si el Padre se encuentra en la ciudad este señor te llevará derecho allá. Te sentará materialmente en sus rodillas".

Y en menos de una hora estaba yo materialmente en las rodillas de Coughlin o casi en ellas. El sacerdote me recibió con bastante amabilidad, pero tan terco como siempre en cuanto a decir algo para el público.

"Ud. se imagina que sería muy fácil ver a un sacerdote católico, ¿no es cierto? Por el hecho de ser Ud. católico..."

Fué entonces cuando le dije que yo había abandonado la Iglesia. Fué entonces cuando discutimos sobre la religión que yo había adoptado como propia — una confianza en Dios que podía hacer impunemente cuanto me diera la gana. No creo que le habría causado mayor estupor si le hubiera zumbado un salvazo. Ni se habría molestado más conmigo. Y fué entonces cuando el Padre me asentó aquel "golpe bajo" preguntándome: "Ah, pero, es que Dios puede tener confianza en Ud".

"Le diré lo que haremos", dijo después que se le aplacó la indignación. "Si promete confesarse y comulgar, y luego ir a misa todos los domingos por el resto de su vida, le daré un artículo para la prensa. Nunca se lo he querido dar a nadie, pero se lo daré a Ud."

Simulé indignación.

"¿Cómo? ¿Ud. quiere que yo venda mi alma por un artículo?"

"Si no hay alma, no hay artículo".

"¡Vendida!"

Con un apretón de manos sellamos el negocio y paseándose de arriba abajo, me dictó el artículo. Lo escribí añadiéndole todo el material coleccionado antes de la entrevista. Y Oursler me telegrafió un bouquet de bellas frases — y lanzó mi alma a los cuatro vientos. Mi alma es probablemente la que ha tenido mejor reclame en el mundo.

Cumplí mi promesa hasta donde me fué posible. Me confesé pero no me dieron la absolución y no podía comulgar porque no estaba casado por la Iglesia. Tenía deberes y responsabilidades, pero no derechos y privilegios.

Iba a misa todos los domingos aunque al principio me sentía ridículo y algo hipócrita. No experimentaba ningún fervor especial. No iba a la iglesia para honrar a Dios, sino para cumplir una palabra empeñada — a pagar por cuotas la entrevista con el P. Coughlin. Pero gradualmente fui cambiando. Viejas oraciones volvían a mi memoria, con dulce sabor en los labios. Viejos himnos repetían para mí su melodía en inglés y en latín. Y llegó el momento en que quise desesperadamente regresar por entero a la casa de mi Padre — y no podía. Mientras no consintiera en casarme por la Iglesia, tenía que permanecer fuera de sus puertas. Ni siquiera podía asomarme al jardín donde sabía que El se paseaba. Recordaba continuamente al sacerdote sin tacto que nos había dicho a Mildred y a mí que nosotros vivíamos en pecado. Y yo no iba a permitir que ningún cura me repitiera semejante cosa.

Mildred me esperaba en la estación del Grand Central cuando regresé a Nueva York después de la entrevista con el Padre. Estaba turbada por un sueño. Ella creía en sueños.

"Eddie, debes volver a la Iglesia", me dijo, "anoche ví a María y ella me lo dijo. Me dijo que tú debías regresar, y que llegaría un día en que yo querría ser católica, pero que nunca lo sería".

Le conté entonces mi compromiso con el Padre Coughlin.

Mildred me acompañaba a la iglesia todos los domingos. Al principio porque siempre quería estar donde yo estuviese y después porque no quería perder la misa. "Hay algo ahí, en la iglesia, que me gusta", me dijo. "No puedo explicarlo. Pero es algo tangible. Es paz. Nunca la había conocido, nunca la había sentido. La siento solamente en tu iglesia. No hago sino sentarme en el banco, cierro los ojos, oro y estoy en paz".

El Beato Martín entró a nuestra vida de un modo singular. Estaba yo en Chicago, recogiendo datos para una serie de artículos sobre la Organización de la Juventud Católica, fundada por el Reverendo Bernardo J. Sheil, primer Obispo Au-

xiliar de la Arquidiócesis, con la autorización del Cardenal Mundelein. Recibí una carta de Oursler, incluyéndome otra de un lector de "Liberty".

"¿Por qué no publica usted en "Liberty" historias verdaderas? ¿Por qué no manda a Ed. Doherty a Lima y le hace descubrir la verdad sobre Martín de Porres, el santo negro, hijo ilegítimo, y los milagros que está haciendo?"

Oursler añadía algo en este sentido: "Doherty, me intriga esta carta. Pero no necesitas ir al Perú. Trata de sacar algo en Chicago o Nueva York sobre este santo negro".

Escribí el artículo para "Liberty". Se llamó "Apurando al Cielo" y decía cómo los amigos del Beato Martín en Estados Unidos estaban haciendo cuanto podían para apurar el proceso de canonización. La Iglesia de este país quería hacer un santo de Martín. Luego que salió me fué obsequiada una reliquia del Beato Martín.

Con esa reliquia el Padre Norberto Georges, O. P. curó un bebé en Trenton, New Jersey. Por lo menos yo creo que lo curó. El chico, Bruce Jones, se había hecho una ruptura en el pulmón en un ataque de llanto iracundo. Fué conducido al Hospital San Francisco, en Trenton, y gran número de especialistas, no sólo de Trenton sino de Camden y Filadelfia, vinieron a estudiarlo. Tomaron docenas y docenas de radiografías. Cuando el Padre Georges y yo le vimos por primera vez la criatura estaba agotada y parecía de cera y ya lista para la muerte. Cuando respiraba emitía un sonido extraño. Se nos dijo que podía absorber el aire pero que a causa de la rasgadura del pulmón, no podía respirarlo. El aire se acumulaba en la cavidad pleural y no tenía salida hasta que los médicos no le introducían una cuantas agujas huecas en el pulmón.

El Padre Georges colocó mi reliquia en el pecho del bebé, oró silenciosamente, y le dijo a la madre que no se preocupara más. En seis días el niño tenía un nuevo pulmón. Las radiografías lo demostraron.

Mildred fué conmigo cuando yo entrevisté a los médicos, algunos días después de la curación definitiva. El aparente milagro la impresionó profundamente lo mismo que a mí. Leyó cuanto encontró sobre Martín, el lego dominico que había hecho tantas maravillas durante su vida, y las seguía haciendo todavía.

"Me encanta, Eddie", me dijo. "No por la cantidad de milagros que hace, sino porque fué tan bueno, tan lleno de caridad y de compasión. Y porque era tan humilde. Y —sin embargo— ¿me atreveré yo a creer todas estas cosas que cuentan sobre él? ¿Qué realmente resucitó a su amigo? ¿Pueden los santos verdaderamente resucitar a los muertos?"

"Sólo Dios puede hacerlo", le expliqué. "Pero podría hacerlo por un santo que le fuera muy querido. Si tú crees que Cristo sacó a Lázaro de la tumba, por qué no pueden creer que El le devolvería la vida al amigo de Martín si él se lo pedía?"

"Si lo puedo creer", me contestó. "Lo creo".

Hablábamos mucho sobre religión en esos días. Algunas veces pasábamos toda la noche frente a los leños ardientes hablando de la Iglesia, sus misterios y los milagros que obraba por sus santos. Nos íbamos a acostar a la una o a las dos de la mañana, siempre hablando, y nos levantábamos tres o cuatro veces para hacer excursiones a la frigidaire. En estas charlas yo explicaba la religión católica tanto a ella como a mí mismo. Es decir, la explicaba lo mejor que podía. "Me gustaría ser católica", me dijo muchas veces, "pero no puedo creer, y no quiero que me vuelva a casar un cura. No podría soportar eso".

Empacamos media docena de maletas y un baúl reluciente, y nos dirigimos al oeste. Paramos en Lexington, Virginia, le dijimos adiós a Jack, y seguimos viaje con toda calma, cantando, oyendo radio, gozando plenamente de la vida. Nieve en Virginia y Tennessee. Aguaceros en Arkansas. Sol en Tejas y de nuevo en California. Pernoctamos en el Mission Inn y luego nos hospedamos en el rancho de Dick Carrol en Benedict Canyon, Beverly Hills.

"Algo maravilloso te va a suceder aquí, Eddie", me anunció Mildred cuando nos acercábamos al desfiladero. "Algo más maravilloso que todas las cosas maravillosas que te han sucedido durante tu vida".

Subió a pie por el camino del desfiladero con esa gracia peculiar suya —la cabeza tirada hacia atrás como si todavía le pesaran las largas trenzas de la infancia. Las montañas lucían sus tonos verdes. El cielo era de un glorioso azul. Los aviones encendían vívidos tintes sobre su cabeza. Cantaban los pájaros. El sol brillaba.

Fué un poco después de la una cuando salió. Había tiempo de sobra de subir a la montaña y regresar antes de las seis. Tiempo para sentarse en la serranía y descansar, orar, soñar.

Cayó la oscuridad. Y no había regresado. "Se volvió a quedar dormida", pensé. Pocos días antes se había adormecido en el pico de la montaña. El frío del atardecer la había despertado y había regresado al desfiladero con la expresión de un niño que espera ser regañado por el susto que ha hecho pasar a sus mayores.

Bajé al desfiladero esperando encontrarla por el camino. Carrol cogió hacia arriba. Ninguno de los dos la encontró. Ninguno encontró a nadie que la hubiese visto. A las seis y media está ya oscuro. No había luna. Pero las estrellas guindaban linternas luminosas y no había señales de niebla.

Revisamos los lados de la montaña, por entre la maleza, descendimos zanjas y despeñaderos y salimos otra vez por caminos indecisos, atravesamos acres y acres de terreno de arena y roca sin sendas trilladas, de manzanita, y salvia, y mezquite, alumbrando a todos lados. A cada momento la llamaba: "España!" —el nombre favorito que le daba. Lo grité desde las alturas y los valles. No obtuvo respuesta, sino el eco que gemía sobre el desfiladero adelgazando el sonido hasta perderse.

A las ocho acudí a la policía y di su descripción. "Mide como cinco pies. Pesa alrededor de ciento veinte libras. Ojos azules. Cabello dorado oscuro con algunos hilos de plata."

Poco antes de la una un hombre en uniforme llegó jadeante.

"La encontramos, dijo. O creemos haberla encontrado. El avión acaba de avisar. Se oyó la señal. Véngase".

El carro subió por el desfiladero, disminuyó de velocidad en el Parque Wandam levantando negro polvo. Comenzó a subir.

Se detuvo donde termina la carretera. Corrimos por el sendero, hacia un grupo de hombres, niños y caballeros de pie bajo un árbol a la orilla del precipicio. El avión policía dibujaba círculos en el aire a cien pies de nosotros, veteando de plata el cielo, roncando suavemente.

El cuerpo de Mildred yacía al pie de un resbaladero, ni siquiera a diez pies de las botas de los hombres reunidos bajo el árbol, su cuerpo medio escondido por el follaje de una mata de mezquite. Todo lo que se veía de ella era la chaqueta escocesa, con cuadros de sol y sombra, y la masa de su cabellera dorada.

"Esa es su chaqueta", dije. Recordé el día en que yo se la había comprado, la manera como se rió cuando se la puso, el placer que brillaba en sus ojos cuando le dije: "Fué hecha para tí, es tan vívida y alegre y caliente y preciosa".

Eché a andar hacia abajo pero el policía me detuvo. "Lo siento, pero nadie puede tocar el cuerpo mientras no llegue la autoridad".

"Ya, éste es el fin del cuento", pensé. "Este, el fin de la canción. Pero fué un cuento bellissimo. Fué una canción maravillosa".

Los perros de caza ladraban en el desfiladero, pero la señal de cesar actividades había sido ya dada. Los carros empezaban a retirarse. Grupos de mujeres y niños permanecían bajo los árboles al otro lado del camino, solemnes, silenciosos, viendo el regreso de los cazadores.

Un poco más tarde un oficial presentó su informe. "Todo indica que fué un accidente. Únicamente un accidente. Cayó sólo de una altura de ocho pies. Dió con la cabeza en una piedra o en algo duro. Le hizo perder el conocimiento. Su garganta quedó comprimida contra unas ramitas de una mata de mezquite. Como estaba inconsciente, se asfixió. Si hubiera sentido el menor dolor hubiera levantado la cabeza y se habría salvado. Pero no pudo sentir nada. Nadie puede afixarse a sí mismo. Es una imposibilidad física".

“¿A qué hora sucedió?”

“Ayer en la tarde alrededor de las tres. Lo demuestra el estado del cuerpo. Ténia ya varias horas de muerta cuando usted empezó a preocuparse por ella”.

“Se adormeció durante la oración” pensé. “Y se despertó en el esplendor. La muerte fué muy bondadosa con élla. Fué rápida y limpia —y bella en cierta manera— la halló comprimida contra un madero como halló a Jesucristo”.

Un sacerdote me vino a visitar después que la autoridad se había ido. He hizo algunas preguntas sobre los dos.

“Hay tres clases de bautismo, usted sabe, me dijo suavemente. “El bautismo de agua, el de sangre y el de deseo. Su esposa fué bautizada, y estoy seguro de que fué derecha al cielo. El Buen Pastor estaba paseando por la serranía cuando ella cayó. Y El la recogió en sus brazos y se la llevó a su casa”.

La condujimos a Chicago, mis dos chicos y yo, y la dejamos allí en lugar consagrado, cerca de la tumba de María. Y pocos días después regresamos a Nueva York. Allí, en una calle tranquila y apartada encontré una iglesita, y en un oscuro rincón, un sacerdote esperando para escuchar mis pecados y darme la absolución.

¿Cuánto tiempo había estado esperándome? ¿Quién podrá decirlo? ¿Cuánto tiempo habría estado creciendo aquella mata en aquél cerro de California? Arrodillado en las sombras del confesionario, me parecía que Dios había plantado aquel arbusto para Mildred tan seguramente como había colocado a este sacerdote aquí para mí; y que El había hecho sus planes para élla y para mí, siglos antes de que nosotros nos encontráramos.

Yo le había abandonado. Había esperado olvidarle. Le había desafiado y me había burlado de El. Lo había negado y había tratado de odiarle. Y a pesar de todo, ahí estaba su ministro, su agente, su representante escogido, esperando para perdonarme en su nombre, todo cuanto había hecho y todo lo que culpablemente había dejado de hacer esperando para recibirme de nuevo en la Iglesia.

Mildred estaba ahí, fuera del confesionario, y María también. María me decía: “Oh Eddie, qué contenta estoy”. Y Mildred decía: “¿No te dije que algo maravilloso te iba a suceder? ¿No te lo dije yo, Eddie? ¿Tenía o no razón?”

Me parecía que el Beato Martín estaba por ahí cerca y Teresita también, regocijándose. Se nos ha dicho que hay gran alegría en el cielo por el arrepentimiento de un pecador. Dejadmé decir que también hay gran alegría en la tierra —tan grande gozo como nunca este pecador lo había conocido.

E d u a r d o D o h e r t y